

EL AUTORITARISMO POLÍTICO MILITAR Y LOS CÍRCULOS DE LA VIOLENCIA Y LA GUERRA EN LA OBRA *WASLALA MEMORIAL DEL FUTURO* DE GIOCONDA BELLI

Rodolfo Fernández Carballo*

ABSTRACT

In this article it is studied one of the most significant structures of sense of Gioconda Belli's novel *Waslala Memorial del futuro*: the authoritarianism, the violence, and the war. This structure, and according to the theoretical approaches of Mikhail Bakhtin, refracts to a smelly Nicaragua to gunpowder and gun, space and time that send back to the last decades of the XX century and their revolution of utopias and disenchantments.

Key words: structures of sense, authoritarianism, violence, war, Nicaragua.

RESUMEN

En este artículo se estudia una de las estructuras de sentido más significativas de la novela *Waslala Memorial del futuro* de Gioconda Belli: el autoritarismo, la violencia y la guerra. Dicha estructura, y de acuerdo a los planteamientos teóricos de Mijail Bajtín, refracta a una Nicaragua olorosa a pólvora y fusil, espacio y tiempo que remiten a las últimas décadas del siglo XX y su revolución de utopía y desencantos.

Palabras clave: estructura de sentido, autoritarismo, violencia, guerra, Nicaragua.

Waslala Memorial del futuro (1996)¹, constituye una obra ficcional de la escritora nicaragüense Gioconda Belli, que refracta (Bajtín 1986:159), en sus múltiples estructuras significantes, los centros axiológicos del mundo histórico en la que surge (Bajtín 1994:243). Hay en *Waslala*, como en todo texto literario, un vínculo estrecho entre sus enunciados y el contexto de donde proceden, destacando entre ellos y para el estudio en el presente caso, el del autoritarismo político-militar. Es decir, la proliferación de enunciados que delinean el cronotopo de la violencia y la guerra en Faguas, no sólo denotan la presencia de una estructura de autoritarismo político-militar en la ficción

verosimilizada, sino que sus múltiples sentidos permeados por la valoración social, “llevan a abandonar los límites del enunciado para encontrar otra realidad” (Bajtín 1994:202); la realidad de una Nicaragua convulsionada por el sonido de la metralla y los miles de muertos que abonaron en una parte consignas y quimeras, en otra feroces represiones en defensa del poder, y en todo el espíritu de un pueblo el profundo dolor de la pérdida de seres queridos, indistintamente del lugar que ocuparan en los conflictos.

En Faguas se suceden guerras endémicas sin principio ni fin, florecen “caudillos” que no separan el poder político del económico, militares que creen que la fuerza es la única certidumbre

* Profesor e investigador de la Universidad de Costa Rica, Sede de Occidente. Licenciado en Historia y Máster en Literatura Latinoamericana de dicha Universidad.

aplicable, y donde el tráfico de armas prolifera a tal punto que “[l]os clientes [...] se mostraban dispuestos a cambiar hasta su propia madre por un buen fusil” (Belli 1996B:55). Enunciados múltiples del poder político-militar, que refractan a un país donde la violencia y la guerra tienen un punto de partida incierto, donde conservadores y liberales², leoneses y granadinos, marines y campesinos armados, guardias somocistas y guerrilleros sandinistas, revolucionarios y “contras”, “recompas” y “recontras”, “revueltos” y gobierno, se han enfrentado por medio de la violencia armada, dejando una estela de muerte y desolación, pérdidas materiales de gran impacto en la economía, y un sentimiento de odio, frustración, desesperanza y angustia en múltiples generaciones. En Nicaragua el aire histórico tiene aroma de pólvora, y los padres recogen los plomos fríos entre las cenizas de los muertos en guerras del pasado, para darle espacio a sus hijos muertos en nuevas guerras. Parece el conflicto una marca indeleble en pos del autoritarismo que se remonta a la lejana época colonial, y que se obstina en abandonar las prácticas políticas y las soluciones del imaginario colectivo. Sergio Ramírez apunta que

[l]a naturaleza autocrática del régimen colonial -que no separaba las funciones civiles de los militares- engendró la figura del caudillo, que era hombre de empresa, hacendado ganadero o comerciante de ultramar. Esa triple corona ha sido siempre la corona del poder en Nicaragua. (1995:14).

En Waslala, el sujeto de enunciación le ha otorgado identidad al poder militar, le ha asignado un parentesco consanguíneo que se convierte en estrategia textual de provocación, en una indeterminación iseriana (1987:105), que busca la co-ejecución del texto novelesco. Los Espada, por lo tanto, no son más que la simbolización del conjunto castrense, del cuerpo de los militares, de las soluciones violentas que se concentran en el mundo de las armas, en la perspectiva de desarrollo que polariza las fuerzas políticas y las lleva al ejercicio imponente y autoritario de su modelo. Pero esa posición genera la reacción del oponente, la rebeldía y de ahí al conflicto tan

sólo hay un paso. Indica la enunciación de don José, que

-[e]ste país ya no sabe existir sin guerra - [...] Todos disparan. Se matan sin conocerse. [...] Se refugian detrás de los fusiles [...] Es muy antiguo el culto a las armas y la muerte. (Belli 1996B:32).

Sentido del enunciado que transporte las rivalidades entre liberales y conservadores en los mismos albores de la independencia³, y que conducen posteriormente a la guerra de 1856⁴, la intervención en 1909 de los marines y los posteriores conflictos, la muerte de Sandino en 1934, la dictadura Somocista y sus violentas represiones y conflictos armados hasta 1979, y finalmente el proceso revolucionario y contrarrevolucionario, de muerte y desolación, que concluye en 1990 con la elección de Violeta Barrios como presidenta de Nicaragua.

Faguas, no es sólo un país de fusiles y de guerras, sino de odios y rencores lejanos, expresados por los marineros que al pasar por la orilla de un islote y en un recodo del río gritan al unísono “mueran los ingleses” (Belli 1996B:105). Conciencia colectiva de antiguas batallas, remeros que al mando de su capitán dejan claro un deseo destructivo, “herencia antiimperialista”, agrega la voz de Hermann, de viejos colonialismos que repercuten en las mentes del presente, como lo expresa Pedro:

¡No me gustan los colonizadores! [...] Han sido peor que una plaga en este país. Primero nos arruinaron y luego se olvidaron de nosotros... ¡Mueran los ingleses! -añadió, alzando la voz con sentimiento-.

-¡Mueran!- respondieron a coro los hombres. (Belli 1996B: 105-106).

La ruina de Faguas entonces, es producto de ese factor externo, de ese lejano colonialismo “imperialista” que no le bastó con esa ruina sino que además “nos” olvidó. Enunciado que mira y percibe en los otros las causales de la miseria y el dolor, desolación y tráfico, dependencia y crisis, país de la anarquía por siempre en el que aparece una fuerza que lejos de evitarla la fomenta, el poder de los Espada, míticos hermanos

quienes controlaban la anarquía del país organizándola y dirigiéndola a sangre y fuego. Los Espada estaban en guerra contra todo el que no les pagara tributo o les rindiera pleitesía. Instalaban y derrocaban gobiernos a su antojo y se encargaban del tráfico de drogas y de los juegos de azar, [...] eran infatigables atizadores de guerras de toda intensidad. La guerra era su medio de subsistencia, lo que les permitía acumular y usar su poder. (Belli 1996B: 101).

Los Espada, por lo tanto, son los portadores de una conciencia del poder político-militar, símbolos de las fuerzas castrenses que controlan, organizan y dirigen la anarquía, atizan la guerra, se ven beneficiados del tráfico de drogas -la filina-, trafican armas y también lo hacen “con medicinas, con repuestos, con vacunas, con abono, con semillas”. (Belli 1996B: 175). Es el aparato militar corrupto y violento que refringe la casi totalidad de una segunda mitad del siglo XX en Nicaragua, donde el poder político en manos de los Somoza o los Ortega, llevan al pillaje, la guerra, la anarquía y la tristemente célebre piñata de fines de los ochenta. Ilustraciones significativas de este proceso están constituidas por el acaparamiento, por parte de Anastasio Somoza, de las mejores tierras agrícolas y el dominio de la agricultura de exportación de café y algodón. Agrega a esta lista Sergio Ramírez, el control

de los barcos para exportar sus ganados al Perú, [...] de la fábrica de cemento, de la fábrica de cerillos, de los telares, de las cortineras, de las compañías de pesca, de los aserríos, y sus hijos más tarde dueños de negocios financieros, de bancos, de compañías de seguros, de empresas inmobiliarias de construcción, de publicidad, de las estaciones de televisión, de periódicos y de una empresa que compraba la sangre a los miserables para exportar plasma a los Estados Unidos...”. (1991:137-138).

Concentración de riquezas y expansión de miserias no desde el mundo exterior, sino producto de las internalidades políticas y las sinrazones del poder. Sinrazones aferradas que desembocan en un proceso insurreccional de sueños y quimeras, pero que muy pronto fue también intransigente y dogmático, y que lejos de negociar una solución política, respondía con

violencia como lo expresa el mismo Ramírez, quien fuera vicepresidente de Nicaragua:

Jamás hablaríamos con la contra. Primero se caerían todas las estrellas del cielo, dijo Tomás Borge en un discurso; y en otro lado, en León, yo dije que sólo hablaríamos por la boca de los fusiles. (1999:199).

Estas ilustraciones, entonces, son esa expresión de pillaje, guerra y violencia en que se ha desenvuelto el poder castrense en una Nicaragua cien veces saqueada, mil veces bajo el fuego de la artillería.

En *Waslala*, los hermanos Espada expresan un mundo de plurilingüismo y ambos muestran sus propios criterios, su particular personalidad y conciencia, a pesar de la unión en torno al poder.

Damián Espada tenía “expresión de iluminado” y “[c]ostaba decidir si se estaba ante la presencia de un santo o de un desalmado” (Belli 1996B:181). En su discurso, se proclama defensor de la dignidad del pueblo y víctima de la intervención extranjera.

Hemos dedicado nuestra vida a luchar por la dignidad del pueblo. Trabajamos sin descanso para que nuestra Patria tenga la posibilidad de sacudirse del yugo extranjero y pueda relacionarse con los otros pueblos del mundo desde una posición de respeto mutuo. ¿Cómo lograr esto mientras sigamos aceptando que nos intervengan, que dispongan cómo usamos nuestros recursos naturales, que nos utilicen de basurero, que nos nieguen el derecho a existir? (Belli 1996B:182).

Hay, entonces, en este sentido del enunciado, un criterio de asumirse como luchador de los méritos del pueblo, de apropiación representativa de la dignidad popular, de trabajo por el bienestar de la Patria y del deseo del respeto mutuo entre los pueblos del mundo. Sin embargo, estos rasgos, esta visión del mundo, es afectada por la intervención extranjera que mancilla la dignidad, la soberanía e incluso, la misma existencia. Y cuando Melisandra lo confronta indicándole que “ningún extranjero es soldado en nuestras guerras” y “usted sigue insistiendo con que otros son responsables de nuestras desgracias”, la respuesta no se deja esperar: “-Nunca hemos

sido responsables- dijo Damián somos víctimas”. (Belli 1996B:183). Reiteración del lejano colonialismo ahora achacado al intervencionismo, y que percibe en los otros la responsabilidad de guerras y miserias, autoconciencia de víctimas, menosprecio de sí mismo. Esta percepción es reforzada por Morris quien había manifestado - expresa Raphael- que los Espada “[s]on expertos en encontrar culpables, chivos expiatorios, y en dirigir las frustraciones de sus seguidores hacia objetivos bien definidos”. (Belli 1996B:184) Además, y referente a aquella dignidad alegada por Damián, el sujeto de enunciación ve en el mayor de los Espada a un hombre contradictorio

que, si bien predicaba la redención de los pobres y oprimidos, en la práctica hacía hasta lo imposible para asegurar que nunca dejarán de serlo y que más bien se convencieran de que esta era la única manera digna de existir. (Belli 1996B:101).

Los rasgos que distinguen entonces a Damián en estos específicos aspectos, ya sean derivados de su enunciado o asignados por otras voces, son los de la apropiación del sentimiento de dignidad, el trabajo patriótico y la soberanía de los pueblos, pero también el considerarse víctima del intervencionismo extranjero y responsabilizar a los otros de sus problemas. En fin, personalidad contradictoria cuyos rasgos serán aún más ambivalentes, como se podrá leer al retomar su personalidad. Antes se debe profundizar en el mundo de Antonio, el otro hermano, a partir de la siguiente descripción que de él hace Melisandra:

Antonio Espada entró sigilosamente, cerrando la puerta sin hacer ruido, alguien acostumbrado a moverse entre enemigos y acechanzas. Era alto, voluminoso y pálido. No daba la impresión ni de fuerza, ni de buena salud y, sin embargo, apenas se establecía contacto visual con él, uno podía percibir que parte del poder de aquel hombre residía en lo mal que aquel cuerpo le sentaba a su alma, en la contradicción de un espíritu fogoso e infatigable, obligado a habitar aquel marco blandengue y frágil. Se les acercó con la mano extendida y una sonrisa que se balanceaba entre la amabilidad y la burla. (Belli 1996B:196).

Esa sonrisa ambivalente y espíritu fogoso, ese sigilo de felino al acecho, esa emanación de poder y confabulación de amistad, son rasgos distintivos de una personalidad decidida y calculadora, de fría estrategia de “enemigos y acechanzas”. Antonio consideraba que

[a]ntes las guerras se ganaban o se perdían [...] Ahora es un asunto de continuidad. Ya no hay ni amigos, ni enemigos claramente definidos. La estrategia es más compleja. Se combate en muchos frentes al mismo tiempo y en cada uno de ellos se hace por razones distintas. Además, los contendientes de hoy pueden ser los aliados de mañana. ‘Guerra fluida’, le llamo yo. Requiere de mucha memoria. (Belli 1996B:198-199).

Enunciación de un sujeto portador de la conciencia guerrillerista más que militar, que mira en el entorno un campo de batalla continuo, un rompecabezas sin fin donde la pieza que ahora se desplaza mañana será útil y que por lo tanto no hay que eliminarla sino tenerla ahí, en un rincón, para pasarla luego al lugar preciso quizá mediante otro desplazamiento. En ese concepto de complejas estrategias y “ni amigos ni enemigos claramente definidos”, el Antonio que se balancea entre la amabilidad y la burla es el “maestro [...] de la confusión” (Belli 1996B:235): en el encuentro inicial con Melisandra y Raphael, “ya llevaba ganado el primer round”. (Belli, 1996B:197). Hombre inteligente, frío, calculador, de respuesta ágil y rápida, contundente, directo, astuto y gentil, que no lo sabe todo pero sí casi todo, y quien cree firmemente, como él mismo lo indica, que

[l]a única verdad posible, la única certeza, es tener poder, ser fuerte, poder imponer las reglas del juego, poder ser jugador principal. En río revuelto ganancia de pescadores es una verdad que pocos aceptan como cierta, pero creo que con ustedes no debo andar con remilgos. (Belli 1996B:200).

Esa sinceridad resaltada ante Melisandra y Raphael a quienes desea ayudar, en contraste con su convicción del poder como única certidumbre, expresan las estrategias de un hombre práctico -en río revuelto ganancia de pescadores-, que aprovecha las circunstancias,

que se mueve al calor del momento, y mira el horizonte desde la perspectiva de la adaptación, la ley de sobrevivencia, en fin, la ley del más fuerte. Positivista spenceriano, podría agregarse, que por supuesto, lejos de creer en las utopías cree en la fuerza, en la adaptación. “Eso es lo que me hace a mí diferente de otros, de los más idealistas” (Belli 1996B:199), agrega Antonio en clara referencia a su hermano Damián. En estos rasgos distintivos de la personalidad de los Espada, está de por medio Waslala, el sitio soñado que buscaban en Faguas unos, aspiraban otros, y afectaba a todos.

Damián es “un quijote” que ha “leído demasiados libros de caballería” y que “se engaña creyendo que la realidad es maleable y que puede parecerse a sus sueños”, indica la voz de su hermano Antonio. (Belli 1996B:200). Enunciación ésta última, que deja ver la presencia del reverso de la cara de la pareja consanguínea, el idealismo del cual quería diferenciarse Antonio. Hay entonces en Damián, en aquel que apropiándose el concepto de dignidad vocifera contra el intervencionismo extranjero y por la soberanía, un ideal, una aspiración del mundo posible a pesar de sus dudas, pero un mundo del cual quería referencias concretas ante sus propias desilusiones:

-Quiero pruebas de que Waslala existe- dijo Damián, levantándose y caminando de un lado a otro de la habitación –Eso es todo. Pruebas contundentes. No para usarlas en nada, me entiende, sino para convencerme yo mismo. Para serle honesto, hace tiempo desistí hasta de pensar en Waslala. Hubo una época en que creí fieramente en su existencia, pero he llegado a pensar que mi hermano tiene razón y que Waslala es un espejismo. No me convenzo, sin embargo. Hay algo dentro de mí que se resiste a pensar que haya sido únicamente el producto de la imaginación colectiva, una ingenua leyenda alimentada por generaciones. (Belli 1996B:184-185).

Citando a Bajtín surge entonces la pregunta: “¿qué es lo que representa el mundo para él y qué es lo que viene a ser para sí mismo?” (1985B:71). Es la incertidumbre y la ambivalencia en ambos casos. El mundo es la duda en lo posible, en lo que se creyó “fieramente” pero que luego se desiste

“hasta de pensar en ello” y que ahora, ante la falta de certezas, se quieren pruebas para su propio convencimiento. Es “la conciencia del soñador, que quiere y no puede materializar su ilusión”, (Bajtín 1985B:76) y que entonces ve en otros la posibilidad de que le materialicen no sólo esa ilusión, sino que lo libren de la frustración de no haberlo descubierto por sí mismo. Quiere Damián al menos un libro de la biblioteca de Waslala, para él esa es una prueba contundente. (Belli 1996B:185). He aquí un enunciado que delinea el valor de la escritura, el sentido que trata de “recuperar el estatus central de lo letrado” (Delgado 2002:36); la letra impresa en tanto prueba de la existencia de una leyenda alimentada por generaciones, la palabra propuesta como lo real, lo verdadero, la contundencia de convertir lo posible en realidad.

Damián es un portador de dudas en medio del poder militar, es el poseedor de una “fijación desesperada” a la que no puede renunciar, un ideal ante el que se encuentra en impotencia de prescindir (Campbell 1959:60), un ideal del que se encuentra prisionero producto del medio que le rodea y de la actitud acusatoria y no idealista de su hermano Antonio, guardianes en este caso, del vuelo de las aspiraciones de Damián. Sin embargo, esa personalidad soñadora y quijotesca también le es útil al poder, ya que Damián es el hombre popular que “[t]enía un carisma casi religioso. Era un creyente. La gente estaba ávida de alguien que creyera y les creara la ilusión de que aún existían causas nobles en Faguas”. (Belli 1996B:194-195).

En cambio Antonio, el militar frío y calculador es claro: “Waslala no existe”, es una ocurrencia de los poetas, una idea que “prendió” en la gente, es una mentira, un encantamiento. (Belli 1996B:199 y 200). Se tiñen aquí los enunciados con la deslegitimación de la palabra y sus precursores, y es Antonio el sujeto portador de la conciencia militar, del campo de batalla y sus muertos, negación de las ilusiones, de otros mundos posibles.

En Faguas los “tercos, ciegos, [...], desalmados, implacables y tozudos” (Belli 1996B:286), hermanos Espada, no eran, sin

embargo, “responsables absolutos de la calamidad del país”; pero agrega Engracia,

se nutrían de ella y la nutrían. Alimentaban al monstruo. Vivían para alimentarlo. Sin ellos, no había quién le echara leña al fuego. Se desintegraría su ejército, caería el gobierno del joven capitán Maderos, que no era más que un títere de sus designios, los pequeños ejércitos se dispersarían en el desconcierto y la red Comunitarista se fortalecería. Sin duda habría otros que tomarían su lugar, pero les llevaría tiempo. (Belli 1996B:234).

¿Quiénes eran los responsables absolutos de la calamidad? Si en su ausencia “no habría quién le echara leña al fuego”, ¿por qué “sin duda habría otros que tomarían su lugar? ¿Tomarían el lugar los Comunitaristas? ¿Quiénes son ellos? ¿Están exentos de la calamidad del país? ¿Quién es Engracia, su máxima dirigente?

La calamidad fagüense es colectiva porque se ha asumido el culto a las armas y la muerte (Belli 1996B:32), los bandos en guerra “no obedecían más que a causas arbitrarias” y “nadie sabe por qué guerrea”. (Belli 1996B:103 y 128). Pero además, porque a partir del autoritarismo militar y la “guerra fluida” se mantiene el poder. Aún y cuando los Espada “eran infatigables atizadores de las guerras de toda intensidad”, encargándose “de azuzar y mantener en perennes escaramuzas a los grupúsculos cuyas querellas manipulaban y provocaban subrepticamente”, (Belli 1996B:101), son ellos la punta evidente y visible del iceberg que esconde bajo la sombra, un bloque de guerreros y “grupúsculos” armados de todo tipo, “pequeños ejércitos” que se enfrentan o matan entre sí, o que se defienden por esa vía armada de otros grupos o de los mismos Espada, como los comunitaristas. Es el pensamiento de Maclovio, extranjero y traficante de armas, quien nos refiere a Engracia, la líder del bando “comunitario”:

Ella era el único poder alternativo, la única a quien los Espada no podían doblegar ni controlar. No dejaba de admirarla. Era una mujer formidable, una enemiga de respeto; la líder sin liderazgo de los comunitaristas... (Belli 1996B:100).

Engracia era otro poder en Cineria, la que adquiere pertrechos de guerra y arma escuadras

militares para proteger la ruta de las barcazas, (Belli 1996B:141-142), pero sobretodo, es la que “mantiene viva la idea de Waslala, anima las expediciones, sostiene en los comunitaristas la filosofía de no conformarse con este estado de cosas y buscar Waslala”. (Belli 1996B:245).

Los Comunitaristas constituyen en la variada expresión de los “pequeños ejércitos”, un grupo armado para la defensa más que para el ataque, y parecen estar exentos de las calamidades de Faguas. Su líder, “poder alternativo” incontrolable, “enemigo de respeto” y “líder sin liderazgo”, sin pose autoritario, era quien mantenía vivo el ideal de Waslala. Pero ese sueño y a su manera, también estaba presente en Damián, el hermano idealista que quería pruebas de Waslala para su convencimiento. Coincidencia entonces en la conciencia de los soñadores, que en medio y por medio de las armas, buscan y desean otro “estado de cosas”, aspiración que lleva a Engracia a tomar la determinación de volar el fortín de los Espada en mil pedazos, para recuerdo de generaciones y símbolo de destrucción del poder autoritario.

En fin, en los hermanos Espada y en Engracia y los comunitaristas, anverso, reverso y resquicios de una misma medalla, convergen soñadores y tiranos, y se refracta a una Nicaragua donde las ilusiones de unos y los autoritarismos de otros, se materializan, concretan y desvanecen en dos momentos claros: la insurrección y los momentos iniciales de la revolución, y el caos contrarrevolucionario y la derrota electoral. En un primer momento, el movimiento insurrecto creció y

[s]ubitamente despojada del temor o prudencia, la gente se enfrentó a los tanques y la infantería de la dictadura, con cócteles molotov, bombas caseras, revólveres y armas de cacería. Los que no combatían, repartían café y comida a los combatientes en las trincheras. La población levantó barreras de adoquines para atrincherarse en sus barrios. Muchachos jóvenes, las caras cubiertas con pañuelos, tendían emboscadas al ejército causándole numerosas bajas. Era una guerra popular de gente mal armada contra un ejército apertrechado generosamente con armas nuevas norteamericanas e israelíes, tanques y aviones. Somoza y su hijo, que a sus veinte y pico de años comandaba las

tropas de élite de la dictadura, dirigieron la contra ofensiva. Ordenaron lanzar sobre las ciudades alzadas bombas de quinientas libras, fósforo blanco y NAPALM. Luego las sitiaron con tanques y fuego de artillería, hasta aplastar la sublevación en una carnicería despiadada. Pero ni la crueldad de la dictadura podía ya detener los constantes brotes rebeldes. Somoza se enfrentaba a la alternativa de tener que destruir el país si quería permanecer en el poder. (Belli 2001: 258).

En el proceso insurreccional, el F.S.L.N. aglutinó el descontento, tejió una telaraña de simpatías y anexiones masivas incluso inmanejables en todo el país, y ante la marea incontenible del pueblo nicaragüense que se enfrentaba a la dictadura, se puso a la vanguardia antes de que las masas le pasaran por encima, con premuras y riesgos de toda clase, con inexperiencias en todos los campos, que muy pronto darían cuenta de la osadía.

Triunfó la revolución de sueños pero muy pronto, la pólvora vuelve al escenario por el descontento de unos y la tozudez de los otros. No pasa un año del triunfo y celebración de los vencedores, cuando los vencidos ahora en contra, se apetrechan y disparan a quemarropa contra el proceso que en forma temprana hace aguas, sin salir siquiera de la bahía en busca de alta mar. El caos se volvió inevitable y “en Nicaragua todo estaba ya teñido de muerte, que era el color del paisaje en que la gente se movía” (Ramírez 1999:20). Morían “contras” y “compas”, “recontras” y “revueltos” en un amasijo de desavenencias y frustraciones. Para algunas voces participantes del proceso, fueron los hermanos Ortega quienes

sembraron las semillas de un método político carente de escrúpulos que contaminó el sandinismo, sus ideales, su mística, y que a la postre condujo a los Ortega -que usurparon la bandera de la causa- a la derrota no sólo política sino, sobre todo, moral. (Belli 2001:234).

Sin embargo, en esa Nicaragua convulsa y sangrienta de la segunda mitad del S. XX, también proliferan cantos de justicia y cambio, donde muchas veces

sólo había sueños y ninguna desesperanza. Barrer con el pasado, construir, establecer el reino de la justicia, repartir la tierra, enseñar a leer a todos, abolir los viejos privilegios, expulsar a los mercaderes del templo, reestablecer la independencia de la nación, devolver a los humildes la dignidad que les había sido arrebatada por siglos. (Ramírez 1991:106).

Sueños con un reino de todos, con un lugar mítico y lleno de perfección, proyecto de escritores y poetas a pesar de las derrotas y desencantos, construcción de lo irreal y fracaso, la utopía nuevamente imaginada, el encuentro con el punto de partida. *Waslala*, cronotopo interminable de violencia y de guerra, estructura textual de autoritarismo político y militar, autoconciencia de fatalidades pero también de encantos y utopías.

Notas

- 1 Reeditada en el 2006 por la Editorial Seix Barral S.A. con el título *Waslala: la búsqueda de la civilización perdida*.
- 2 Ernesto Cardenal en sus memorias tituladas *Vida perdida*, hace una interesante referencia a estos dos bandos que han marcado la vida política de Nicaragua indicando lo siguiente: “En Nicaragua el régimen político que había era la anarquía. Y los dos partidos que había eran el de los ricos y el de los pobres. Unos eran llamados timbucos y los otros calandracas. Timbuco sería el apodo que los pobres daban a los ricos por sus timbas (panzas). También timbuco era un cerdo muy gordo. Calandracas no se sabe de dónde viene; se piensa que tal vez de calandra, que es el gorgojo que destruye los granos. De estos dos partidos o bandos proceden dos partidos políticos más organizados que se llamaron legitimistas y democráticos, y devinieron después en conservadores y liberales” (1999:420). Timbucos y Calandracas (1982) se llama la novela del escritor Jorge Eduardo Arellano quien “ficcionaliza la historia nicaragüense a la luz de esta oposición, y llama timbucos, a los conservadores y calandracas a los liberales”. (Vargas 2001:75). También en *Tiempo de Fulgor* (1970) de Sergio Ramírez hay referencias a conservadores y liberales.
- 3 Indica Richard Millet que “[d]esde 1824 hasta 1842, Nicaragua fue el escenario de diecisiete grandes

batallas, murieron 1203 hombres y la autoridad ejecutiva fue ejercida por dieciocho individuos. (1979:28).

- 4 En su afán de tomar el poder, los liberales buscan apoyo exterior contactando a William Walker, quien deseoso de la expansión esclavista sureña llega a Nicaragua, derrota a los conservadores, vuelve la espalda a los que le contactaron y se proclama presidente. El conflicto se extiende con la participación de Costa Rica y, posteriormente, El Salvador, Honduras y Guatemala apoyan a las tropas costarricenses y expulsan al filibustero no sin antes ver devastada Granada y causar otros daños en Rivas. Walker es fusilado en Honduras en 1860 cuando intenta ingresar con sus planes esclavistas para Centroamérica.

Bibliografía

- Bajtín, Mijaíl. 1985. *Estética de la creación verbal*. 2ª ed. Trad. Tatiana Bubnova. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- _____. 1985. *Problemas de la poética de Dostoievski*. Trad. Tatiana Bubnova. México D.F.: Fondo de Editores.
- _____. 1986. *Problemas literarios y estéticos*. Trad. Alfredo Caballero. La Habana: Editorial Arte y Literatura.
- Bajtín, Mijaíl, Medvedev; Pavel. 1994. *El método formal en los estudios literarios*. Prólogo de Amalia Rodríguez. Trad. Tatiana Bubnova. Madrid: Alianza Editorial.
- Belli, Gioconda. 1996. *Waslala Memorial del futuro*. Managua: Ananá Ediciones Centroamericanas.
- Campbell, Joseph. 1959. *El héroe de las mil caras Psicoanálisis del mito*. Trad. Luisa Josefina Hernández. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Cardenal, Ernesto. 1999. *Vida perdida*. Barcelona: Editorial Seix Barral, S.A.
- Cuadra, Pablo Antonio. 1987. "Utopía y Libertad". En: *Revista del Pensamiento Centroamericano*. 42 (194) :19-23.
- Daniel Presidente todo será mejor*. 1990. Casette. Managua: Empresa nicaragüense grabaciones culturales Sistema Sandinista de Televisión Radio Sandino.
- De Castilla Urbina, Miguel. 1994. "El proyecto nacional en el horizonte de la utopía nicaragüense". En: *Ciencias Sociales*. (63):63-74.
- Delgado Aburto, Leonel. 2002. *Márgenes Recorridos*. Apuntes sobre procesos culturales y literatura nicaragüense del S. XX. Managua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica.
- Gallardo, Helio. 1989. *Actores y procesos políticos latinoamericanos*. San José: DEI.
- Iser, Wolfgang. 1987. "La estructura apelativa de los textos". En Dietrich Rall (Comp.) *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*. Trad. Sandra Franco y otros. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 73-87.
- Maiselas, Susan. 1983. *NICARAGUA*. Trad. Jorge Cáceres P. San José: EDUCA.
- Millet, Richard. 1979. *Guardianes de la Dinastía*. San José, C.R.: EDUCA.
- Ortega, Daniel. 1982. "La propuesta de paz en Nicaragua". En: *Cuadernos Americanos*. CCXLII. (3):7-23.
- Ortega Saavedra, Humberto. 1980. *50 años de lucha sandinista*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Ramírez, Sergio. 1975. *Tiempo de Fulgor*. 2ª. ed. Managua: Ediciones el pez y la serpiente.

- _____1982. "Nicaragua: el país que heredamos y el que queremos construir". En: *Cuadernos Americanos*. CCXLV. (6):7-40.
- _____1991. *Confesión de Amor*. Managua: Ediciones Nicaragua.
- _____1995. "Por qué estoy empezando de Nuevo". En: *Esta Semana*. N° 321. 19-25 mayo. p.14.
- _____1999. *ADIOS MUCHACHOS Una memoria de la revolución sandinista*. México, D.F.: Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de C.V.
- Román-Lagunas, Vicki. 2000. "Esperanza y desilusión en los testimonios de Omar Cabezas y Ernesto Castillo Guerrero". En: *DECENIO*. (4.17):15-19.
- Rovirosa, Citlali. 1982. "Nicaragua: una insurrección cultural". En: *Cuadernos Americanos*. CCXLIV. (5):31-48.
- Valle-Castillo, Julio. 1998. *Con sus pasos cantados*. Managua: Centro Nicaragüense de Escritores.
- Vargas Vargas, José Angel. 2001. "*Novela centroamericana contemporánea: la obra de Sergio Ramírez Mercado*". Universidad de Salamanca.
- Zavala, Magda. 1991. *La postmodernidad y Miguel Bajtín. Una poética dialógica*. Madrid: Elpasa-Calpe.
- Zavala, Magda y otros. 1995. "*La historiografía literaria en América Central*". Heredia: EUNA.